

consonni

# Arantxa Urretabizkaia

---

## La última casa



TRADUCCIÓN  
Bego Montorio Uribarren

«Arantxa Urretabizkaia crea una protagonista compleja y, mediante una prosa sobria, teje una atrayente trama. Nos cuenta otra visión de la vejez, en la que cuestiona los clichés establecidos y actualiza nuestro imaginario». —**Amaia Alvarez Uria, *Argia***

«Arantxa Urretabizkaia reflexiona sobre la construcción de la identidad personal y generacional. La escritora reivindica una vida en la tercera edad alejada de los clichés».

—**Jon Kortazar y Jon Martin-Etxebeste, *Babelia, El País***

«El sosiego y la calma que busca el personaje se reflejan también en la escritura. Urretabizkaia detiene su mirada en el espacio circundante, en la casa, en el paisaje, en las plantas, y su visión embellece el entorno. En su escritura hay hallazgos estéticos, por ejemplo, en la forma de presentar los personajes o en el modo que une el presente con el pasado. Y también en el punto de vista narrativo». —**Ibon Egaña, *Deia***

«*Azken etxea, La última casa*, la última oportunidad de vivir en paz. El cronotopo en el que hacer las paces con su verdadero yo y la mujer que fue en el pasado, la única casa que sentirá como real y propia en toda su vida. Me pregunto si no será esa última casa su primera (verdadera) casa». —**Nagore Fernandez, *Berria***

«**Arantxa** Urretabizkaia abre nuevos caminos en *Azken etxea* (*La última casa*), novela protagonizada por “viejas atípicas”».

—**Nerea Azurmendi, *El Diario Vasco***

«Siempre es un placer charlar con Arantxa Urretabizkaia de su obra *Azken etxea*. Que muchas veces nos pone en comunicación directa con nuestras propias vidas y con lo que nos rodea».

—**Más que palabras, Radio Euskadi**







# La última casa

**Arantxa Urretabizkaia Bejarano (1947)** es licenciada en Historia y trabaja como periodista en diferentes medios, prensa escrita, radio y televisión.

Su recorrido literario se ha desarrollado desde hace más de 50 años fundamentalmente en euskera. Ha publicado poesía y ensayo, pero la mayor parte de su trabajo literario se centra en la narrativa.

Algunos de sus libros han sido traducidos a varios idiomas: castellano, inglés, alemán, italiano, ruso... Están traducidos al castellano los siguientes títulos: *¿Por qué, Panpox?* (Ediciones del Mall, 1986), *Saturno* (Alfaguara, 1989), *El cuaderno rojo* (Tartalo, 2002), *Las 3 Marías* (Erein, 2011), *Lecciones del camino* (Pamiela, 2018). El original en euskera de *La última casa* (consonni, 2024), titulado *Azken etxea* fue publicado por Pamiela en 2022 y en el mismo año ganó el premio Euskadi de Literatura en euskera.

Es miembro de la Academia de la Lengua Vasca, *Euskaltzaindia*.





**La última casa**

**Arantxa Urretabizkaia**

**consonni**

Autoría **Arantxa Urretabizkaia**  
Traducción **Bego Montorio Uribarren**  
Corrección **Izaskun Gracia** y **Sonia Berger**  
Diseño de colección y maquetación **Rosa Llop**  
Imagen de cubierta **Sonia Pulido**  
Impresión **Alva Nova Servicios Gráficos S.L.L.**  
Printed in Spain

Edición **consonni**  
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D  
48003 Bilbao  
www.consonni.org

Primera edición en español:  
junio de 2024, Bilbao

ISBN: 978-84-19490-27-8  
Depósito legal: BI 00653-2024

Esta obra está sujeta a la licencia Creative Commons  
CC Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0  
Internacional CC BY-NC-ND 4.0.

Los textos, edición, traducciones e imágenes pertene-  
cen a sus autoras/es.

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del  
Ministerio de Cultura, a través de la Dirección General  
del Libro, del Cómic y de la Lectura; así como una ayuda  
a la producción editorial literaria del Departamento de  
Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.



**consonni** es una editorial interdependiente con un espacio cultural en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él. Escrito en minúscula y en constante mutación, consonni es una criatura andrógina y policéfala, con los feminismos y la escucha como superpoderes. Nos la jugamos en las distancias cortas.







«No debemos vivir la vejez recordando el tiempo pasado, sino haciendo planes para el tiempo que nos queda; tanto si es un día, un mes o unos cuantos años, con la esperanza de poder realizar unos proyectos que no habíamos podido acometer en los años juveniles».

–Rita Levi-Montalcini

*L'asso nella manica a brandelli*

Traducción de Juan Vivanco Gefaell (El as en la manga)

«Uno está más cerca de la utopía en un jardín que en ningún otro sitio».

–Santiago Beruete

*Jardinsofía*



# 1

El perro sube la cuesta tirando de la correa. La dueña es una mujer robusta; el perro, mediano, pero da la impresión de que es él el que arrastra a la mujer. Ambos avanzan con la mirada al frente, tienen claro cuál es su meta, llegar a lo alto de la pendiente. Ella sabe que detrás de una cumbre, con frecuencia, se esconde otra. Sin embargo, no es este el caso.

El perro se detiene al llegar a un muro de piedra tras el que hay una casa con dos pinos e inmediatamente se le une su dueña. Entonces, repitiendo una coreografía aprendida de memoria, la mujer se sienta en la piedra que hay junto al portón de hierro. Nada más hacerlo siente el frío atravesar los pantalones de chándal. Mira a su alrededor y se retira la capucha de la sudadera.

El sol se ha ocultado detrás de la casa, por lo que la mujer sabe que ha de aprovechar los últimos minutos antes de que oscurezca, como si fueran los últimos de su vida. El animal está tumbado a sus

pies, cerca pero sin contacto directo. Con un suspiro, comprueba una vez más que la casa irradia serenidad.

Fija su atención en el tejado que aparece tras los pinos. El rojo de las tejas ha adquirido un tono oscuro, sobre todo en el oeste, lo que le hace pensar que debería hacer reparar el tejado. Recuerda la cocina de su madre con recipientes repartidos por el suelo, un puchero, una palangana gris, bajo cada gotera. Para la más pequeña, un gran tazón encima de la mesa de la cocina. La cubierta de la mesa es de uralita y está compuesta por dos mitades, la más cercana a la puerta es verde, con motas claras y oscuras, y la otra, rojiza. Salía más barato comprarla así, en dos mitades, que en una sola pieza.

Sabe que en su última casa no habrá goteras ni tampoco bombillas que se balanceen colgando del techo. Menos aún desconchados o grietas en la pared. Son huellas del fracaso que aún siguen apareciendo en sus sueños. Dibuja en su imaginación una amplia cocina blanca.

El perro se ha dado cuenta antes que su dueña. Se ha puesto en pie y ha olisqueado en todas direcciones, sin ladrar. Se calma al sentir la mano de la mujer en el lomo, pero no por mucho tiempo. Alguien sube por la cuesta, oyen sus voces antes de ver de quién se trata. Es una pareja joven que busca las sombras del atardecer.

Con la capucha puesta, la mujer emprende la bajada con el perro a su lado. El cielo está cubierto. Casi ha anochecido y sobre el mar su color ha pasado del rojo al violeta. A partir de ese momento ya no es el animal quien manda, pues no sabe hacia dónde se dirigirá su dueña, hacia la playa o hacia su casa. La pareja ríe a carcajadas cuando se cruzan en el camino, la muchacha suelta de vez en cuando gritos estridentes como relinchos, como si fueran criaturas jugando en un parque. La mujer piensa que han pasado muchos años desde que rio por última vez.

En un intento por huir de sus recuerdos, apresura el paso hasta llegar al final de la cuesta. Las calles están vacías, las farolas encendidas. Es demasiado tarde para ir a la playa y demasiado pronto para

volver a casa y, además, el perro todavía no ha hecho sus necesidades. No le queda más remedio que seguir caminando hasta cansarse.

Si una se fija bien, se ve que es mayor de lo que sugiere su indumentaria. Con todo, camina erguida, odia las espaldas encorvadas, que le recuerdan la decadencia de su madre. Sigue andando una hora más, entre calles, sin rumbo fijo.

Antes de entrar en casa ve por el rabillo del ojo un ligero movimiento de cortinas en el ventanal del edificio de enfrente. El vigilante está en su atalaya.

El vigilante que se oculta tras las cortinas se cree invisible, piensa que sus vecinas no han reparado en que las espía. No se le pasa por la cabeza que la lámpara que tiene a su espalda, que ha encendido nada más oscurecer, dibuja su perfil. Ha intuido un movimiento en la casa de enfrente, pero su interés se ha desvanecido en cuanto ha visto a la mujer con el perro. No es esa la mujer a la que espía, sino una pelirroja a quien ve muy pocas veces.

Es alta, ni gorda ni demasiado delgada, y la luz que desprende su melena crea destellos que se dispersan a su alrededor, los labios siempre pintados de rojo, al contrario que la mujer de la capucha. La que suele pasear al perro sigue un horario bastante fijo, incluso los días en que coge un viejo coche para ir a hacer la compra; la otra, no. Por eso tiene que estar atento, pues la pelirroja pasa siempre como un relámpago. Alguien la recoge y la devuelve a su casa en coche. En ocasiones, toma un taxi. Tan solo en ese breve trayecto de la acera a su casa y de su casa a la acera puede admirar el encanto de sus bucles pelirrojos.

El vigilante coge el libro que tiene en el regazo, pero le cuesta concentrarse. Aún no lo ha conseguido cuando oye bajar las persianas en la casa vecina. A veces, la mujer también sale de casa al anochecer, y en esas ocasiones se enciende una lámpara que hay en el umbral de la puerta, como si anunciara la salida de la reina. Ahora está apagada.

La lámpara de la entrada queda a su derecha, por lo que verá inmediatamente su resplandor aunque esté mirando el libro o, pronto, la televisión. Cabe la posibilidad de que la mujer esté fuera de casa, aunque él no la haya visto salir. Es posible, pero no probable. En la libreta que hay sobre una mesita contigua ha apuntado qué días y a qué hora ha salido y entrado a casa la pelirroja, pero los números no revelan ningún modelo, tan solo que últimamente sale con más frecuencia.

Podría decirse que el vigilante persiste en lo que hasta hace poco ha sido su profesión. Fue policía y cree que morirá siéndolo; lo suyo no es un mero trabajo, sino una forma de vida. Piensa que ser policía es como ser médico o sacerdote, deja una huella perenne, y no solo psicológica. Que se lo pregunten, si no, a su rodilla izquierda, a la articulación que un disparo le destrozó aquella maldita madrugada.

Un disparo que lo condenó a dejar la calle y a permanecer sentado en su casa. Fue entonces cuando comenzó a dedicar parte del tiempo que le sobraba a vigilar la casa de enfrente. Antes de admitir que su cojera era irreversible, en alguna ocasión se acercó hasta la casa vecina, pero ya apenas se levanta del sofá, salvo para ir al baño, a la cocina o a la cama. Ha acabado por aceptar que está condenado a pasar media vida delante del ventanal, por miedo a caerse incluso llevando bastón.

Lo que sucede en la casa de enfrente es mil veces más interesante que el estúpido concurso que pasan ahora en la televisión.

De vuelta a casa tras pasear al perro, la mujer baja las persianas antes de encender la luz, le pone agua limpia y comida al animal y deja el móvil sobre la mesa de la sala, junto al ordenador. No se cambia de ropa. Pero se quita la capucha y se atusa el pelo con las manos; lo lleva corto y hace ya tiempo que encaneció. Lo hace sin mirarse al espejo. Luego, enciende el ordenador.

Primero mira tejados durante un buen rato y apunta en un papel las direcciones de dos empresas que garantizan cubiertas sin goteras. Luego se levanta y va hasta la cocina, saca un yogur y dos manzanas

del frigorífico y empieza a cenar sin sentarse. Ni en la sala ni en la mesa del comedor, en la que está el ordenador, ni en la cocina ni en ninguna parte hay nada que demuestre un toque personal, ni fotografías ni recuerdos de las largas temporadas en que recorrió el mundo.

Después de cenar no enciende la televisión y vuelve al ordenador. Visita páginas de jardinería, en silencio, sin música. El perro hace tiempo que duerme en su rincón entre el sofá y la pared del comedor. Ha empezado a llover, con fuerza, y el ruido llega al interior tamizado por las persianas.

Si hay algo que tiene claro respecto a su última casa es eso, que en su última vivienda no quiere goteras ni frío. Allí acabarán todas sus huidas.

La pelirroja sale de casa a primera hora de la mañana. Apenas ha amanecido y le da la impresión de que el vigilante de la casa vecina no está en su atalaya. Lleva puesto un abrigo ligero, azul eléctrico, del mismo color del vestido que viste debajo. Antes de acomodarse en el asiento del copiloto retira con cuidado la parte trasera del abrigo de seda. Los buenos días, en francés al igual que su respuesta, le llegan envueltos en una sonrisa. El coche se encamina suavemente hacia la ciudad.

La conductora es empleada de una agencia inmobiliaria, y normalmente no acude a recoger a la clientela a su casa, es un servicio que solo ofrecen a clientes especiales. No es la única agencia que la mujer ha visitado últimamente, pero la conductora está convencida de que es una venta segura, sobre todo porque la mujer tiene muy claro qué busca y no pone el precio en primer lugar, no es esa su mayor preocupación.

Cruzan la ciudad y se dirigen hacia la playa. Durante el trayecto, la vendedora le detalla las características de la casa que van a visitar. Tiene una sola planta y salón con chimenea, está rodeada de un amplio jardín, situada en un barrio tranquilo, cuenta con garaje y necesita pocas reformas, no hay piscina ni zona deportiva.

La vendedora es, de natural, habladora, pero sabe que para convencer a esta compradora en concreto tiene que controlar su parloteo. Todavía no ha descubierto el origen exacto del acento de la pelirroja. Diría que tiene el tono cantarín de América del Sur, pero también un deje de Burdeos. El cielo está despejado, pero en los montes cercanos hay jirones de nubes que continúan pegados a la tierra, como si no quisieran marcharse.

Después de aparcar, de pie ante la casa en venta, la compradora sabe desde la primera mirada que no aceptará la oferta. No parecen gustarle las casas con aspecto de caserío. La fachada le resulta triste, la sonrisa que dibujan el balcón y las ventanas, desalentadora. Además, el jardín no tiene suficiente base, cree que no podría conseguir lo que ella desea y, por añadidura, está demasiado cerca de la playa. Se imagina fácilmente el ir y venir de coches repletos de bolsas y flotadores, como poco desde mayo hasta octubre.

No necesita palabras para dar a entender que no le interesa la casa, le basta con mover la cabeza de derecha a izquierda. La vendedora se sorprende de que no haya preguntado por el tejado.

El vigilante está en su atalaya, con los ojos cerrados y la cabeza caída sobre el pecho. En su mente, aquel oscuro callejón cercano a la estación y el ruido de los zapatos de los que corren. ¡Deténganse!, ¡deténganse!, grita un hombre, nadie aminora la velocidad, ni quienes van delante de él ni quienes están detrás, a pesar de que han tenido que oír la orden, los gritos retumban en las fachadas. Luego, un disparo a su espalda, y después, otro que llega de delante y acierta en su rodilla izquierda.

Al despertar, se da cuenta de que tampoco esta vez ha podido comprobar quién disparó. El dolor de rodilla, en cambio, sigue presente. En ese momento oye un coche llegar a la casa vecina y tan pronto centra allí su atención ve apearse a la pelirroja. No la ha visto salir de casa y lo considera un fracaso, como si hubiera fallado en la vigilancia de un malhechor.

Aún conserva fresca la imagen de la pelirroja cuando la de la capucha se pone a trabajar en el jardín. Con el perro saltando a su alrededor empieza a podar las hortensias de la entrada. El vigilante no entiende por qué se empeña tanto la mujer en cuidar el jardín de una casa de alquiler. Eso lo sabe seguro, gracias a los contactos que aún le quedan.

La casa está alquilada a nombre de una única mujer; la pelirroja, según sus deducciones. Sabe que la inquilina tiene nombre y apellidos franceses. Lo que no ha podido esclarecer es la relación que une a las dos mujeres. La de la capucha no es una criada ni la madre de la pelirroja. Es mayor que ella, pero no tanto. Tampoco cree que sean hermanas, si bien sabe que con frecuencia pueden ser muy diferentes. Tal vez amigas. Siente un escalofrío al pensar que pueden ser pareja. Sabe que es algo habitual, pero al considerar esa posibilidad siente algo parecido al asco.

La mujer de la capucha sigue podando hasta el mediodía. No recoge las ramas ni las flores cortadas antes de entrar en la casa. Es hora de comer, concluye el vigilante, justo cuando comienza a caer un ligero chaparrón. Inconvenientes de la primavera cercana. Al poco oye el saludo de la sudamericana que le prepara la comida y cuida de la casa. *À demain, monsieur*, le llega desde el piso inferior. *À demain*, responde él desde su atalaya.

La mujer ha esperado a que escampe del todo antes de salir con el perro. Se alejan cuesta arriba y, de nuevo, el perro va delante, tirando de la correa. De prisa, como si acudieran a una cita. Cuando comienzan a ver los pinos, aminoran un poco la velocidad.

La mujer llama la última casa a esa que tiene ante sí y, tan pronto como empieza a examinar la fachada, se topa con un obstáculo desconocido. En la galería delantera ve un bulto en el suelo, algo que no estaba allí la víspera. Es alargado, de poca altura, pero incluso forzando la mirada no alcanza a distinguir qué es.

Se levanta de la piedra de la entrada, da unos pasos a izquierda y derecha, pero no consigue adivinar de qué se trata. Recorre apresurada el camino de bajada. El bulto de la galería es como un grano, parecido a los que de joven le salían continuamente en la cara.

Siente el picor de los granos, ese picor cotidiano hasta bien pasada la juventud. Así llegó a París, con la cara convertida en un campo de minas. Ahuyenta hábilmente el recuerdo, prefiere el bulto de la galería. Los recuerdos la asaltan con frecuencia, siempre a su pesar, y ha desarrollado toda una técnica para escapar de ellos. No quiere recordar el pasado, ni el cercano ni el lejano. Está a las puertas de una nueva vida, en el umbral de un futuro sin pasado.

En contra del deseo del perro, vuelve directamente a casa. No cierra la puerta, para dejar al animal vía libre hacia el jardín. No repara en las ramas de hortensia cortadas que ensucian la hierba.

Coge el teléfono y concierta una cita para el día siguiente con la inmobiliaria. Retrasa la hora de acostarse, sabe que dormida no puede escapar del pasado.

La noche ha confirmado sus temores, así que se levanta antes de que amanezca, con el recuerdo del bulto de la galería presente incluso antes de abrir los ojos. Sin desayunar, sale con el perro y recorre jadeante el trayecto hasta la última casa. El sol rivaliza con las nubes cuando comprueba que el bulto sigue allí. No en el mismo lugar que la víspera, pero allí. Parece más largo, y al mismo tiempo, más alto.

Desde que la herida de bala lo obligó a retirarse, el vigilante no es partidario de madrugar. Está desayunando en su atalaya cuando ve llegar a la mujer de la capucha, más temprano que de costumbre. Algo pasa en la casa vecina, piensa cuando media hora después ve salir del edificio a la pelirroja. Esta vez ha venido a buscarla un taxi. Hay un movimiento inusual, muchas entradas y salidas.

Puede que solo sean detalles, pero al él le parecen significativos. Las mujeres de la casa vecina no son las primeras que controla,

pero los anteriores inquilinos tenían pocos secretos. Siempre ha adivinado rápidamente quiénes eran, qué relación tenían entre ellos, aunque muchas veces se marchaban al poco tiempo. Es lo que tienen las casas de alquiler, que quienes viven en ellas no echan raíces.

Sus actuales vecinas llevan allí casi un año, las vio por primera vez la primavera pasada. Desde entonces apenas han tenido visitas. La mayor de ellas tiene costumbres fijas, sale con el perro por la mañana y por la tarde. Hace la compra una vez a la semana y de vez en cuando vuelve con una bolsa colgando del brazo, siempre del mismo supermercado.

La pelirroja no saca al perro ni hace la compra. Siempre sale en coche, últimamente en el de la inmobiliaria de su sobrina, o en taxi, nunca a pie. No parece que trabaje, su horario es demasiado irregular. Y su aspecto, demasiado elegante. Cualquiera sabe cómo y cuándo ganaron el dinero del que disponen. Si fueran ricas, no alquilarían esa casa vulgar; tampoco si fueran pobres.

El vigilante es propietario de la casa en la que vive, y las personas adultas que no han sido capaces de comprarse una le resultan sospechosas. Él la ha comprado con el sudor de su frente, a costa de pasar mucho tiempo en los lugares más peligrosos a horas inoportunas. La muchacha que trabaja en la inmobiliaria es su única descendiente, circunstancia que siempre tiene presente cuando ella lo visita. A decir verdad, desde que comenzó a vigilar a sus vecinas agradece más las esporádicas visitas de su sobrina, que le aportan información. Por eso sabe que el nombre y los apellidos de quien alquiló la casa son franceses. El vigilante opina, sin embargo, que la de la capucha tiene aspecto de emigrante.

No cree que pertenezcan al mundillo político, aunque al principio barajó esa posibilidad. Quizás la de la capucha sí, pues viste con la dejadez propia de esa gente, tiene aspecto de marimacho, pero la pelirroja no, de ninguna manera. Eso sí, la de la capucha habla euskera, al menos así lo hizo con un trabajador que llamó a su puerta.

Fue en verano, cuando la rodilla todavía le permitía salir a la calle, y al volver de la visita del médico oyó a la de la capucha y al obrero hablar en euskera. Siempre ha pensado que tiene facilidad para distinguir diferentes formas de hablar, ventajas de haber nacido y vivido cerca de la frontera. Aquella vez hablaban en euskera, pero no le dio tiempo de identificar a qué zona pertenecía su dialecto.

Nada más entrar en la inmobiliaria, la vendedora habitual la saluda sonriente, pero la pelirroja le indica que desea hablar directamente con su jefe. Es una experta en suavizar, endulzar lo que cualquiera podría tomar a mal. Al poco, está en un pequeño despacho que hay a la izquierda, donde un hombre con barba le tiende la mano desde el otro lado de la mesa.

Ambos se sientan, intercambian las banalidades de costumbre, el tiempo, las próximas elecciones. Poco a poco, la conversación se centra en el mercado inmobiliario. Ella cree que hay muchas casas en venta que permanecen así durante largo tiempo a falta de compradores. Él asegura que la inestabilidad ofrece muchas posibilidades a quien busca casa, pero el mercado se está recuperando, aunque sea lentamente.

Finalmente, la conversación llega al punto que interesa a la mujer, la casa de los pinos. Expone sin ambages que esa es la casa que ha elegido y que tiene prisa en realizar la compra. El hombre responde que es una buena oportunidad, pero no exenta de problemas, ya que hay una complicada herencia de por medio y los herederos no se llevan bien. Haciendo caso omiso de los inconvenientes, la mujer realiza una oferta, señalando que el único problema es fijar dónde y cuándo realizar el pago, ya que dispone del dinero necesario sin recurrir a préstamos o hipotecas bancarias. El barbudo se compromete a hablar con la propiedad. Le gustan los clientes que exponen claramente qué buscan y no se dedican únicamente a curiosear.

Sale de la agencia y, casi jadeante, toma el camino hacia la playa. Sabe que habrá poca gente, así que, a pesar de llevar zapatos de tacón, se dirige hacia allí. Antes de ver la arena, le llega el salitre marino junto con el rumor de las olas. Algún surfista aislado y gente que pasea al borde del mar con sus perros. Se sienta en el pretil e inmediatamente se quita primero los zapatos y después, con mucho estilo, las medias. La frescura de la arena calma su respiración y alivia sus pies doloridos.

Desde allí contempla la danza del mar. Fija la mirada en el punto en que las olas se desvanecen en la arena. Le gustan esas olas suaves, no las que estallan contra el viento.

Se quita el abrigo y echa a andar hacia el mar. Siente que el uniforme que hasta entonces le resultaba cómodo empieza a molestarla, sobre todo los zapatos. Apenas llega hasta la orilla, no quiere que el agua salada le salpique la ropa, tan solo quiere refrescarse los pies.

La mujer sale de casa a primera hora de la tarde, como siempre con la capucha puesta y, como casi siempre, echa a andar cuesta arriba, con la seguridad del peregrino que conoce su destino. Sopla un viento frío de poniente, pero aun así el ambiente es agradable. Piensa en el bulto de la galería, cuya imagen se superpone al resto de la casa.

Tan pronto llegan a la puerta, el perro se tumba junto a la piedra que la mujer suele usar como asiento, pero ella continúa en pie. El bulto sigue en el mismo lugar, en la galería, contra la fachada de la vivienda, justo bajo el ventanal de lo que debe de ser el salón. Su primer impulso es cruzar la verja e ir a ver qué es. Pero no se atreve. Menos mal. Nada más emprender el camino de vuelta oye y, al poco, ve a la pareja joven con la que a veces se cruza por las tardes.

Tiene que pensar qué hacer, cómo enfrentarse al inesperado obstáculo. Se recuerda a sí misma que mayores escollos ha superado, cuando se marchó de casa a París, de allí a América y qué decir de cuando volvió a Francia para encontrar su lugar. Pero la medici-

na es amarga. Justamente para eso quiere la casa de los pinos, para huir de ese pasado, enterrarlo, no para volver al punto de partida.

Mientras baja la cuesta, baraja la posibilidad de llamar a la policía, pero comprende inmediatamente que se trata de una vía sin salida, puesto que ella no es la dueña de la casa. También piensa en recurrir a la inmobiliaria que ha colocado el cartel «En venta» a la entrada de la finca, pero el problema es el mismo, ella no es nadie. Su invisibilidad le resulta más pesada que nunca.

Pasea durante una hora antes de volver a casa. Y mientras lo hace resuelve que al día siguiente saldrá de casa a primera hora, antes de que amanezca, y, si el bulto continúa allí, saltará la verja y mirará de cerca qué es, con ayuda de la linterna que guarda en el garaje. A esa hora no habrá nadie en la calle, menos aún cerca de la casa de los pinos.

El vigilante ve volver a la mujer y al perro, y siente un cierto malestar por no haber visto en qué momento han salido. Habrá sido mientras él echaba la siesta. Pocos minutos después oye el ruido de una moto y ve que el cartero ha aparcado frente a la casa vecina. Saca una carta de la bolsa, pero no la echa en el buzón de la entrada. Nada más sonar el timbre, la mujer de la capucha abre la puerta, acompañada por el perro, que no deja de ladrar. Firma el certificado que le tiende el cartero y vuelve a entrar en su casa.

El vigilante sabía que no sería la pelirroja quien abriría la puerta, nunca la ha visto hacerlo. Las dos mujeres tienen bien repartidas las funciones. La pelirroja nunca saca a pasear al perro, jamás hace la compra ni cuida del jardín. A la otra nunca van a buscarla, jamás toma un taxi y más o menos una vez por semana saca el viejo coche del garaje para ir a hacer la compra. Así actuarían si una fuera la criada de la otra, pero el expolicía no cree que sea esa su relación. Además, en esa zona hace ya tiempo que las criadas son emigrantes llegadas de tierras lejanas, y no es ese el caso de la mujer de la capucha.

Él no tiene buena relación con los emigrantes, ni siquiera con la mujer que lo cuida. Viene a su casa todos los días y es ella quien prepara la comida de la que él se alimenta, quien lava la ropa y limpia la casa. Pero durante los dos años que lleva desempeñando esa tarea apenas han cruzado palabra más allá de un *bonjour monsieur* o *à demain monsieur*. Siente nostalgia de su infancia, porque en aquella época, en casa de sus padres, las criadas eran francesas, de casa, como mucho del otro lado del Bidasoa.

El cielo aún no ha empezado a iluminarse por levante cuando la mujer de la capucha sale de casa sujetando con una mano la correa del perro y con la otra la linterna que guardaba en el garaje. El vigilante no está alerta y no hay nadie en la calle. Tampoco en las casas cercanas se intuye luz alguna. Sube la cuesta más despacio que de costumbre, como si el bulto le provocara cierto temor.

Tras llegar a la casa de los pinos mira a su alrededor, para comprobar si el silencio oculta algún peligro. No percibe ninguna amenaza. Coge al perro en brazos y lo pasa al jardín. Luego, sube a la piedra en la que normalmente se sienta y desde allí salta al otro lado, con una agilidad que nadie sospecharía. Vuelve a sujetar al perro por la correa y se detiene un momento junto a la verja. Se asegura de que no se oye nada y gira a la izquierda, rodeando el pino pequeño, hacia las escaleras de acceso a la galería. Desde allí, antes de poner el pie en el primer escalón, enfoca el bulto con la linterna. Allí está, bajo la ventana.

Sube las escaleras con cuidado, por miedo a que crujan. El suelo de la galería es de madera, pero lo único que se oye es su respiración. Cuando está a dos pasos del bulto, lo enfoca y descubre alarmada que se trata de un saco de dormir que alguna vez fue de color vino y que dentro hay alguien. Apaga bruscamente la linterna y se queda quieta, sin saber qué hacer.

Sabe perfectamente que ella está tan fuera de la ley como quien duerme en el saco. Retrocede de espaldas. El perro emite leves gru-

ñidos cuando bajan al jardín, y allí se quedan, al abrigo de los pinos. Valora las posibilidades que acuden a su mente en torbellino. La primera, volver a casa; la última, ir a ver quién es esa persona; entre ambas, un sinfín de opciones. La mujer y el perro están petrificados.

Es así como ha tomado las decisiones más difíciles a lo largo de su vida, analizando las diferentes posibilidades y eligiendo la que le marcaba su instinto, sin ceder ante el miedo. Al mirar hacia el pueblo ve que el cielo se está tiñendo de violeta. Poco después, la única duda que le queda es si atar o no el perro al pino. Finalmente, lo hace y sube de nuevo a la galería. La casa no es suya, pero eso es algo que desconoce la persona que duerme. Ese pensamiento la impulsa a acercarse.

En esta ocasión no le preocupa hacer ruido. Ha decidido despertarla. Está tumbada, atrapada en el saco de dormir, y ella en pie y dispuesta a utilizar la linterna como arma. Cuando está ya cerca del bulto, a apenas dos pasos, lo golpea con el pie derecho. A falta de respuesta, repite el gesto. Una vez más, en vano.

De vez en cuando mira a su alrededor, intuyendo que al despuntar el día alguien puede salir a la calle. Sabe que en ese caso la linterna la delataría. La asalta una inquietud: ¿y si la persona que hay en el saco no estuviera viva? Según lo piensa, apaga la linterna y retrocede. Quiere escapar y es lo que hace, con el perro, cuesta abajo. Necesita serenarse un poco para poder decidir qué hacer, para darle una oportunidad a la razón.

Ya ha amanecido cuando llega a la playa. No hay nadie haciendo surf ni paseando. El mar está en calma y el cerebro de la mujer en ebullición. Es incapaz de distinguir las razones a favor y en contra de las posibles alternativas, lo que parece una razón a favor toma inmediatamente el cariz contrario, y lo que en principio parecía un inconveniente pronto adquiere otra dimensión. Resuelve que, en lugar de tomar ella una decisión, será mejor dejar que la decisión se imponga por sí misma y arroje algo de luz.

El vigilante está desayunando lo que acaba de prepararle la interina, café, un cruasán recién comprado y zumo de naranja, natural, sentado en su rincón habitual, cuando ve a la mujer de la capucha y al perro entrar en casa. Lo primero que hace la asistente todos los días es comprar un cruasán y el pan. El resto de los encargos se los llevan a casa desde el supermercado; no el mismo supermercado al que acuden sus vecinas.

Normalmente, a esa hora todavía no ha salido nadie de la casa vecina, lo que le confirma al vigilante que allí pasa algo inusual. Poco después, la mujer sale al jardín y comienza a recoger las ramas de hortensia que hay por el suelo. Vista de frente, exhibe la tranquilidad de quien dispone de todo su tiempo para ocuparse en lo que le gusta. Coge cada una de las ramas podadas, las corta en trozos pequeños y las mete en la compostadora. El vigilante no puede percibir hasta qué punto baten embravecidas las olas en su interior.

Sabe que debe volver a la casa de los pinos, pero no cuándo, cómo y para qué. Si bien no es capaz de explicarlo con palabras, es consciente de que el bulto la retrotrae al pasado, a épocas oscuras que quiere olvidar. Pero, al mismo tiempo, sabe que tiene que dar ese paso. Quiere pensar que está cerca de la meta, que la cumbre está ya a la vista. Sin embargo, le resulta imposible centrarse en los arreglos que necesita la casa de los pinos, algo que hace tiempo se ha convertido en su ocupación cotidiana. Igual que otras muchas veces en su vida, cuando piensa que está a punto de alcanzar la paz, el horizonte se aleja, como si se tratara de una maldición.

El vigilante envidia la forma física que demuestra la mujer, cómo se agacha para recoger las ramas, cómo las apila después de trocearlas y cómo las lleva hasta la compostadora que hay en un rincón del jardín. Agacharse, incorporarse, andar, sin descanso. Él hace tiempo que perdió la esperanza de que se alivie su dolor de rodilla. Tiene la impresión de que incluso en sueños siente el quejido de su articulación, de que todas las noches la bala le atraviesa la rodilla.

La mujer ha decidido salir cuando la linterna no sea necesaria y así lo hace, junto al perro. Piensa que a esa hora el ocupante del saco ya no estará dormido y habrá dejado libre la galería. Sube la cuesta a toda velocidad, pero no, el saco de dormir sigue ocupado. Vuelve a entrar en el jardín prohibido, sube las escaleras y se detiene junto al saco. No se ve la cara de quien lo ocupa, pero el bulto del interior es ligero, parece el de un muchacho, no el de un hombre.

Da unas pataditas al bulto, pero nada se mueve en su interior. Entonces repara en que tampoco se aprecia el movimiento de la respiración. Está a punto de mirar en el interior, pero se da cuenta de que para hacerlo necesitaría guantes. Baja al jardín y coge una vara. Se sirve de ella para levantar la tela que hay en la parte superior del saco y comprueba con sorpresa que se trata de una mujer que parece de su misma edad, y sí, está muerta.

Vuelve a colocar la tela en su sitio y se marcha con la vara en la mano, no por el camino habitual, sino en dirección contraria. Al llegar a las vías del tren, da la vuelta. ¿Y si no estuviera muerta, y si la aparente inmovilidad se debiera al efecto de alguna droga?

Después de comer, sale de casa llevando en el bolsillo de la sudadera los guantes que usa para fregar los cacharros de la cocina. La acompaña el perro. Casi nunca sale sin él, y sabe que el vigilante de la casa de enfrente se sorprendería si la viera totalmente sola.

El bulto y la tela que cubre el rostro de la mujer siguen allí. No siente latidos en su cuello. Le mueve un poco la cabeza para comprobarlo y descubre que la difunta tiene algo bajo la cabeza: una cartera de cuero. La saca de allí y, con la seguridad que le proporcionan los guantes, comprueba que guarda un pasaporte, un pasaporte español.

Sin pensarlo, se mete el pasaporte en el bolsillo, tapa el rostro de la mujer y se marcha, como si alguien la persiguiera. Se dirige de nuevo a su casa, con el pasaporte en un bolsillo y los guantes en el otro, tan lentamente como le es posible.

Antes de entrar en casa comprueba que el vigilante se mantiene alerta. A pesar de que falta mucho para que anochezca, baja las persianas de la sala y saca el pasaporte. Ve que la muerta es de su misma edad y que nació en Irún.

Hoy es la empleada habitual de la inmobiliaria quien va a buscar a la pelirroja. Antes de recoger a la clienta, mira hacia la casa vecina y saluda con un gesto a su tío, que siempre está junto a la ventana. Luego, vuelve a entrar al coche, justo en el momento en que la posible compradora sale de su casa, tan elegante como siempre, tan maquillada como siempre, con los labios tan rojos como siempre. La vendedora sabe que quien manda es la eventual compradora, ella está a sus órdenes. Hay mucha gente que quiere vender y poca que quiera comprar. No escasean quienes van de aquí para allá, viendo una casa y otra, como si se tratara de una nueva forma de turismo. Al parecer, la pelirroja le ha comentado al director de la agencia que quiere dar una última ojeada a la casa de los pinos antes de dar el paso final. Podrían haber ido a pie desde el domicilio de la mujer, pero la empleada ha ido a recogerla.

Una parte de su sueldo depende de las ventas y, si bien al principio pensó que vendería rápidamente la casa de los pinos, ya no lo ve tan claro. Es la razón por la que dibuja la más encantadora de sus sonrisas al dar los buenos días a la mujer. No deja de sonreír hasta que llegan a la casa. Ambas salen del coche y la posible compradora se queda fuera, delante de la verja. La joven de la agencia piensa que tiene cara de compradora.

Entre tanto, la vendedora abre el portón de hierro. La mujer mira ahora hacia el jardín, como si las plantas que hay bajo los pinos le hablaran. La vendedora sube las escaleras que llevan a la galería. Ha visto algo allí, pero no le dice nada a su acompañante. Preocupada, se dirige hacia el bulto. La mujer se reúne con ella y lanza un

agudo grito sin palabras. Sabe que eso es lo que hace la mayoría de las mujeres ante algo inesperado. Gritar.

La joven de la inmobiliaria retira el trapo que hay en la parte superior del bulto y, al ver aparecer bajo él un rostro de mujer, la pelirroja vuelve a chillar. El grito se mantiene en el aire, revoloteando sobre las dos mujeres. El rostro de la difunta se ve amoratado bajo la luz matutina.

Poco después, delante de la casa hay un par de coches de policía, y enseguida, una ambulancia. La vendedora ha olvidado para qué había ido allí, mientras que la compradora habla con los gendarmes con toda tranquilidad. Un despliegue tan considerable parece algo fuera de lugar en un rincón tan alejado de la ciudad como aquel. Ambas se sienten como si de repente se encontraran en medio de una serie televisiva, en el escenario de un crimen.

Las dos mujeres se dirigen a la comisaría, la compradora en un coche de policía y la joven de la inmobiliaria en el suyo, tras cerrar el portón de hierro de la entrada. Para entonces, los de la ambulancia ya han retirado el cadáver, incluido el saco de dormir.

El vigilante oye las sirenas de la policía y de la ambulancia que suben por la cuesta y maldice su rodilla. En ocasiones como esa siente aún presente la época en la que era él quien iba dentro del coche de policía. No necesita cerrar los ojos para revivir la autoridad que le confería el uniforme, el respeto y, a veces, el miedo que despertaba en la gente. En aquella época él era alguien, e intuye que ahora no es sino un viejo inválido. Si volviera a nacer, volvería a elegir el mismo camino. En eso, al menos, coinciden vigilante y vigilada.

Hace una llamada para intentar saber qué está pasando en el barrio, y le cuentan que han encontrado a una mujer, muerta, y que no, no saben quién es ni cómo ha sucedido. En la casa vecina no se advierte ningún movimiento desde que la pelirroja se ha ido por la

mañana. Al oír el ruido de los coches ha salido gente desde otras viviendas, pero no desde la de enfrente, ni la mujer de la capucha ni el perro.

Se levanta del sillón y coge una medalla de oro que hay en la estantería. Oye los aplausos y después el himno. No hace caso de la otra medalla, la que le concedieron cuando le destrozaron la rodilla y tuvo que jubilarse anticipadamente. Con la medalla en la mano oye ahora la sirena del vehículo que baja por la cuesta. El segundo coche y la ambulancia deben de estar arriba. Saber que otros cumplen las tareas que él tantas veces realizó no lo tranquiliza en absoluto.

Oye en el piso inferior los ruidos que hace la asistenta mientras trabaja. En ocasiones, también alguna canción. Le tiene dicho que no cante, pero no ha conseguido su objetivo. Al menos ha aprendido a preparar comidas limpias, sin especias. Al sentarse de nuevo en el sillón tras dejar la medalla en su lugar, comprueba hasta qué punto se ha reducido su mundo. A algunos recuerdos que aún siguen vivos y las dos vecinas.

Los platos del desayuno están todavía en una mesa con ruedas que ha apartado ligeramente. Siempre los deja limpios, tal como de niño le enseñaron en casa. Está a punto de echar su siesta habitual cuando ve llegar a la pelirroja, esta vez en taxi. Aunque no es algo que haga con frecuencia, decide llamar a su sobrina sin esperar a su visita. Todavía no imagina que las sirenas y las ambulancias que ha oído por la mañana tienen relación con su sobrina y con la pelirroja.

Falta poco para que anochezca cuando la mujer de la capucha y el perro salen de casa. Echan a andar cuesta arriba, como casi siempre. Al llegar a la casa de los pinos, ella advierte que la gendarmería ha colocado una cinta en la entrada y otra en la galería. Se han llevado el bulto de los últimos días. Recuerda la fotografía del pasaporte que guarda en su casa, esa mirada triste de múltiples aristas. Sabe que tardará tiempo en quitarse de la cabeza el incidente del bulto,

que le costará mirar la casa con los mismos ojos que antes, pero también sabe que lo conseguirá.

Se concentra en el jardín. Sabe muy bien que la vida no le dará tiempo suficiente para cultivar un jardín a largo plazo, a la naturaleza le da igual que el jardinero tenga prisa o no la tenga. Deberá partir de lo que hay, darle forma, domarlo y plantar algunas flores. No ha decidido qué especies, pero sabe que no plantará geranios; su madre solía tener algunos en la cocina y a ella le parecían flores tristes. También sabe que plantará una mimosa, justo frente a lo que será el salón, porque considera que las mimosas son las mejores precursoras de la primavera. En un vivero cercano ha visto que venden ejemplares de un tamaño considerable a buen precio. Si consigue acabar las reformas a tiempo, podrá ver la mimosa en flor a principios del año que viene. Sin apenas esfuerzo, se imagina a sí misma en la galería, sentada en una mecedora, con una pequeña manta sobre las rodillas, el perro a su lado, esperando a que salga la luna, por fin sin preocupaciones, ni pasadas ni futuras.

En ese momento, en ese preciso atardecer, la amenaza del bulto ha desaparecido y le parece estar a la orilla del mar, cerca de la playa, nadando, a cámara lenta.

La mujer y la joven de la agencia llegan al mismo tiempo, cada cual a su destino. No se saludan. La de la agencia ve el perro y a la mujer en el jardín y cómo ella, sin llamar, abre la puerta con su llave, tal vez porque la clienta pelirroja no está en casa.

También la joven usa su propia llave para entrar en casa de su tío y saluda al vigilante desde el vestíbulo. Raramente utiliza la llave, pues lo visita en contadas ocasiones, pero desde que sufrió el disparo su tío se ha acercado a ella, quizá porque es su única familia cercana. Le dio la llave de forma solemne, consciente de que, llegado el momento, la casa pasaría a pertenecer a la sobrina.

La joven lo sabe, pero cada vez que visita a su tío intuye que de alguna forma él quiere darle a entender que, a cambio de lo que recibirá en el futuro, tiene algunas obligaciones que no cumple debidamente. La muchacha repite el saludo mientras sube las escaleras, pues alguna vez se lo ha encontrado dormido, con la cabeza caída hacia atrás y la boca abierta, como si estuviera muerto. Hasta esa mañana nunca había visto un cadáver, y siempre le ha parecido que la muerte es contagiosa.

Su tío no está dormido. Está sentado en el sillón de siempre, con un cuaderno en el regazo, mirando hacia la calle. La joven le informa inmediatamente de los sucesos de la mañana, cómo ha llevado a una clienta a visitar una casa en venta y allí han encontrado a una mujer muerta. El vigilante relaciona inmediatamente lo sucedido con las sirenas de la mañana y empieza a interrogar a su sobrina como si se tratara de una sospechosa en comisaría.

Sabe que la joven y la vecina pelirroja han llegado juntas a la casa, pero quiere conocer todos los detalles a partir de ese momento, quién ha hecho qué y cuándo, el orden exacto, qué aspecto tenía la difunta, qué color tenían sus labios, cómo estaba colocado el cadáver, qué había cerca del saco de dormir. La muchacha piensa que nunca había visto a su tío tan animado, ni siquiera antes del disparo.

Está desgranando los detalles cuando suena el teléfono que lleva en el bolso y, sin interrumpir la explicación, mira quién llama. Es la clienta de esa mañana, así que se lleva el aparato al oído tras señalar que es un tema de trabajo. Brevemente conciertan una cita para la mañana siguiente. Nada más acabar la llamada, su tío continúa con las preguntas. A ella le cuesta reanudar la conversación, pues le ha dado la impresión de que la clienta tenía un tono algo seco, lo que podría indicar que quiere echarse atrás. Al menos, no le ha pedido que vaya a buscarla.

Cuando el tío quiere saber cómo reaccionó la clienta, la muchacha le habla de los grititos de la pelirroja y dice que estuvo mucho

tiempo hablando con los gendarmes. El vigilante pregunta por su forma de hablar y, tras pensárselo un momento, la joven responde que no tenía ningún acento especial, quizás un ligero toque de las Landas, pero muy leve. El expolicía confirma lo que tantas veces ha pensado, lo ciegos y sordos que pueden llegar a ser los testigos y cómo las capacidades de un interrogador experimentado pueden llegar a sacar a la luz lo que para el resto permanece oculto.

Hace mucho que una conversación entre tío y sobrina no se alargaba tanto. Antes de marcharse, la joven le pregunta si puede ayudarlo en algo. Echa una mirada de reojo al reloj y se da cuenta de que las tiendas estarán ya cerradas y no podrá llenar su frigorífico vacío. Él dice que le agradecería que le subiera la cena que hay preparada en la mesa de la cocina, porque así no tendrá que andar subiendo y bajando las escaleras.

La muchacha se va sin darle un beso y su tío piensa que, como siempre, tendrá prisa, aún no ha aprendido a regalar el tiempo. Gajes de la juventud.

La pelirroja sale de casa a media mañana y se queda esperando al taxi. El ambiente es agradable, del sur llega un olor a primavera. Le gusta pensar que dentro de los pequeños brotes de las hortensias se ocultan las grandes flores moradas que estallarán en verano. La ropa que lleva es de un color similar, un traje tirando a morado sobre una blusa azul.

No va directamente a la agencia. Primero entra en una oficina bancaria cercana, acompañada por el ruido de su taconeo. No espera en la fila que hay frente a la ventanilla, sino que entra directamente al despacho del fondo. Allí la aguarda el director, con un fajo de billetes sujetos por una goma. Parecen recién salidos del horno, y eso es lo que la mujer siente al coger el fajo y guardarlo en el bolso. Tras firmar el papel que le tiende el hombre, sale y se dirige a la inmobiliaria.

La mujer permanece mucho tiempo dentro de la agencia, primero con la vendedora y luego con el jefe. La vendedora le explica que a primera hora ha hablado con la gendarmería y le han dicho que todavía no saben quién era la difunta, pues no llevaba encima ningún documento identificativo y tampoco lo había dentro del saco. El instinto le sugiere que esta vez sí, esta vez cerrará la venta. Siente más próxima la tabla de surf que hace tiempo quiere comprarse.

Tan pronto se encuentra ante el director de la inmobiliaria, la mujer saca el sobre repleto de billetes, billetes que han viajado de una mesa a otra. Sale a la calle convertida en propietaria de la casa de los pinos. Ha cumplido ya el primer paso de su plan.



Traducción

**Bego Montorio Uribarren** (Bilbao, 1959) ha dedicado su vida profesional a la traducción; además de trasladar al castellano diversas obras de la literatura vasca, traduce también al euskera desde el portugués, el francés y el gallego.

Imagen de cubierta

**Sonia Pulido** vive y trabaja en una pequeña ciudad al lado del mar. Trabaja sobre todo para periódicos y revistas, tanto nacionales como internacionales. También ilustra cubiertas para libros y álbumes. En el año 2020 fue galardonada con el Premio Nacional de Ilustración.

La colección **El origen del mundo** rastrea otras formas de pensar, sentir y representar la vida. Resignificamos el título del conocido cuadro de Courbet desde una mirada feminista e irónica, para ahondar en la relación entre ciencia, economía, cultura y territorio. Literatura que especula, ficciona y disecciona realidades. Sumergidas en la turbulencia, amplificamos ideas contagiosas y activamos teorías del comienzo.

### **Grupo asesor**

Esta colección se gestó inesperadamente en una comida de cumpleaños de una amiga, a partir de la insistencia por traducir y publicar otras voces. Fieles a este espíritu original, conformamos un grupo asesor en contenidos. No un reducido comité de expertos, sino una muestra de la comunidad amplia y diversa a la que apelamos. Conformamos así una sociedad no secreta con la que compartir conocimientos, a la que escuchamos propuestas. Algunas se publican en esta colección o saltan a otra, algunas se quedan en la recámara, otras no serán. Queremos visibilizar este apoyo y asesoramiento generoso y muchas veces informal, que muchas de vosotras nos vais proporcionando. Entre otras inspiraciones, en 2024 este grupo flexible que nos ha propuesto contenidos ha estado principalmente compuesto por:

Ixiar Rozas, Maielis González, Leire Milikua, Helen Torres, María Ptqk, Blanca de la Torre, Teresa López-Pellisa, Elisa McCausland, Rosa Casado, *Pikara Magazine*, Arantxa Mendiharat, Arrate Hidalgo, María Navarro, Remedios Vincent, Daniel García Andújar, Verónica Gerber Bicecci, Iván de la Nuez, Alicia Kopf, María Colera, Cabello/Carceller, Cristina Ramos González, Rosa Llop, Claudio Iglesias, Constantino Bértolo, Tamara Tenenbaum, Tania Pleitez, Marta Rebón, Rakel Esparza, Lilian Fernández Hall, Mariano Villarreal, Jorge Carrión, Beñat Sarasola, Katixa Agirre, Goizalde Landabaso, Uxue Alberdi, Carlos Almela, Txani Rodríguez, Mónica Nepote, Laura Casielles, Itzea Goikolea Amiano, Ana González Navarro, Mercedes Melchor, Luz Gómez, Georgina Monge López, Leire Bilbao, Elena Medel...

**[www.consonni.org](http://www.consonni.org)**

Producimos y editamos cultura crítica

## El origen del mundo

*La última casa* se terminó de imprimir en Alvanova, Cambre, Galiza, el 20 de mayo de 2024, en el aniversario de Honoré de Balzac (1799), aclamado novelista y dramaturgo francés, representante de la llamada novela realista del siglo XIX; de Sigrid Undset (1882) escritora noruega que obtuvo el Premio Nobel de Literatura en 1928; de Antoni Isern i Arnau (1883), payés y poeta en lengua catalana; de Anna Maria Geertruida Schmidt (1911), escritora neerlandesa que cultivó muchos géneros pero que fue especialmente reconocida por su literatura infantil; de Trebisonda «Ondina» Valla (1916), una atleta italiana que consiguió ser la primera campeona olímpica de su país al ganar los 80 metros vallas en los Juegos Olímpicos de Berlín 1936; de Nancy Fraser (1947), una filósofa política, profesora de ciencias políticas y sociales y feminista estadounidense, por mencionar tan solo a algunas de las muchas activadoras de comienzos.

La protagonista es una mujer en busca de su última casa, un refugio para el tramo final del camino. Una finca en Hendaya llama su atención y en ella centrará todo su empeño.

La suya no ha sido una vida común y tampoco lo serán los esfuerzos que habrá de realizar para hacerse con esa vivienda. Una andadura en la que, rodeada de vecinos que se espían mutuamente, fantasmas, amistades y decisiones del pasado se entremezclan con vivencias actuales.

Sin ser un *thriller* o una novela negra, en *La última casa* hay gestos que parecen salidos de una película de misterio –un cadáver, disfraces, pelucas, falsificadores, vecinos vigilantes– que ayudan a crear una atmósfera y un ambiente especiales y que añaden otros colores al relato.

Libro de gran acogida por parte de crítica y público en su idioma original, en euskera, ha recibido el premio Euskadi de Literatura en euskera 2023.

En esta singular y atrayente novela, Urretabizkaia habla de la vejez y huye de los clichés.

«Arantxa Urretabizkaia crea una protagonista compleja y, mediante una prosa sobria, teje una atrayente trama». —**Amaia Alvarez Uria, Argia**

«Arantxa Urretabizkaia reflexiona sobre la construcción de la identidad personal y generacional. La escritora reivindica una vida en la tercera edad alejada de los clichés».

—**Jon Kortazar y Jon Martin-Etxebeste, Babelia, El País**

«Arantxa Urretabizkaia abre nuevos caminos en *Azken etxea* (*La última casa*), novela protagonizada por “viejas atípicas».

—**Nerea Azurmendi, El Diario Vasco**

IMAGEN DE CUBIERTA

**Sonia Pulido**



9 788419 490278

**consonni**

Producimos y editamos cultura crítica  
[www.consonni.org](http://www.consonni.org)